

VIERNES SANTO

LECTURAS

PRIMERA LECTURA

Lectura del profeta Isaías (52,13-53,12)

Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?, ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién meditó en su destino? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados, y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación; verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

PALABRA DE DIOS

SALMO RESPONSORIAL (30)

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo. A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás. **R.**

Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos; me ven por la calle, y escapan de mí.
Me han olvidado como a un muerto,
me han desechado como a un cachorro inútil. **R.**

Pero yo confío en ti, Señor, te digo: "Tú eres mi Dios."
En tu mano están mis azares; líbrame de los enemigos que me persiguen. **R.**

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia.
Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor. **R.**

SEGUNDA LECTURA.

Lectura de la carta a los hebreos (4,14-16;5,7-9)

Hermanos: Mantengamos la confesión de la fe, ya que tenemos un sumo sacerdote grande, que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado con todo exactamente como nosotros, menos en el pecado. Por eso, acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente.

Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna.

PALABRA DE DIOS

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

SEGÚN SAN JUAN (18,1-19,42)

MONICIONES DEL VIERNES SANTO

MONICIÓN DE ENTRADA Y A LA LITURGIA DE LA PALABRA

Vamos a comenzar en unos instantes la celebración de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Hoy es el único día del año donde no se celebra la Eucaristía. Como comentamos ayer, los tres días que estamos viviendo son como una gran liturgia en la que vivir más de cerca el paso de Dios por nuestras vidas. Hoy contemplaremos la pasión y muerte del Señor. Para ello, la celebración se divide en tres partes: la liturgia de la palabra, la adoración de la cruz y la comunión del Pan vivo que ayer se consagró para ser repartido hoy. Se trata de una celebración austera y sin muchos adornos, pero profunda y de un hondo calado espiritual. Participemos en ella desde el silencio y la contemplación. Comenzamos en silencio, viendo como el sacerdote entra y se postra rostro en tierra ante el altar desnudo. Tras la oración inicial, escucharemos la Palabra de Dios que incluye el relato dramatizado de la pasión según san Juan. Si durante dicho relato algunas personas no pueden permanecer en pie, rogamos que lo hagan sentados desde el principio, al tratarse de un relato largo. En silencio, damos comienzo a la celebración.

MONICIÓN A LA ORACIÓN UNIVERSAL.

Hoy la Iglesia proclama solemnemente diez peticiones. Son las mismas en toda la Iglesia universal. En estas diez peticiones resumimos el sentir de todo el pueblo de Dios. Oremos en pie dirigiéndonos a Dios, nuestro Padre, por medio de esta forma singular y solemne propia este día. La oración universal está constituida por diez peticiones, seguidas cada una de ellas por un breve silencio una oración del sacerdote.

MONICIÓN A LA ADORACIÓN DE LA CRUZ.

Damos comienzo a la segunda parte de la celebración: la adoración de la cruz. El sacerdote se dirigirá al altar desde la puerta de la iglesia portando la cruz del Señor y cantando tres veces: “*Mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo*”, a lo que todos responderemos cantando también, “*venid a adorarlo*”. La adoración de la cruz no es un acto de masoquismo, sino de contemplación y profundo agradecimiento al Señor, quien transformó su patíbulo en un espacio de entrega por amor. Al adorar la cruz damos sentido a nuestras cruces para que también nosotros podamos dar la vida por los demás unidos al sufrimiento de Jesucristo. Ante la cruz realizaremos un breve gesto de adoración. Hecho este gesto, volveremos a nuestro asiento.

MONICIÓN A LA COMUNIÓN.

Entramos ya en la tercera y última parte de la celebración. El sacerdote llevará al altar en silencio el cuerpo de Cristo, consagrado en la misa de ayer noche. Tras la oración del padrenuestro, comulgaremos como habitualmente hacemos en la misa.

MONICION FINAL

Con la oración final del sacerdote se termina este segundo acto del triduo de pascua; pero la celebración de este misterio tan grande que nos salva no se acaba aquí, sino que continúa con nosotros en nuestro quehacer cotidiano. Todos dejaremos la iglesia en silencio; un silencio que debe continuar hasta la eclosión del grito de júbilo que nos traerá el anuncio de la resurrección del Señor mañana noche. Hasta ese momento, mantengamos un sereno clima de meditación ante la aparente ausencia de Dios. No nos dejemos distraer por los ruidos del exterior, sino vivamos con profundidad la angustia de la muerte de Cristo para experimentar con más alegría la certeza de su Resurrección. Volvamos, por tanto, a nuestra vida cotidiana, testimoniando con nuestra oración la realidad del mal en el mundo, pero también la esperanza alegre de la fe en la vida eterna.

ORACIÓN UNIVERSAL (PETICIONES) DEL VIERNES SANTO

Lector 1:

Oremos, hermanos, por la Iglesia santa de Dios, para que el Señor le dé la paz, la mantenga en la unidad, la proteja en toda la tierra, y a todos nos conceda una vida confiada y serena, para gloria de Dios, Padre todopoderoso.

Oración del sacerdote.

Lector 2:

Oremos también por nuestro santo padre el Papa Francisco para que Dios, que lo llamó al orden episcopal, lo asista y proteja para bien de la Iglesia, como guía del pueblo santo de Dios.

Oración del sacerdote.

Lector 3:

Oremos también por nuestro obispo _____; por todos los obispos, presbíteros y diáconos, y por todos los miembros del pueblo santo de Dios.

Oración del sacerdote.

Lector 4:

Oremos también por los catecúmenos, para que Dios nuestro Señor los ilumine interiormente, les abra con amor las puertas de la Iglesia, y así encuentren en el bautismo el perdón de sus pecados y la incorporación plena a Cristo, nuestro Señor.

Oración del sacerdote.

Lector 5:

Oremos también por todos los hermanos nuestros que creen en Cristo, para que Dios nuestro Señor asista y congregue en una sola Iglesia a los que viven de acuerdo con la verdad que han conocido.

Oración del sacerdote.

Viernes Santo

Lector 6:

Oremos también por el pueblo judío, el primero a quien Dios habló desde antiguo por los profetas, para que el Señor acreciente en ellos el amor de su nombre y la fidelidad a la alianza que selló con sus padres.

Oración del sacerdote.

Lector 7:

Oremos también por los que no creen en Cristo, para que, iluminados por el Espíritu Santo, puedan encontrar también ellos el camino de la salvación.

Oración del sacerdote.

Lector 8:

Oremos también por los que no admiten a Dios, para que por la rectitud y sinceridad de su vida alcancen el premio de llegar a él.

Oración del sacerdote.

Lector 9:

Oremos también por los gobernantes de todas las naciones, para que Dios nuestro Señor, según sus designios, les guíe en sus pensamientos y decisiones hacia la paz y libertad de todos los hombres.

Oración del sacerdote.

Lector 10:

Oremos, hermanos, a Dios Padre todopoderoso, por todos los que en el mundo sufren las consecuencias del pecado, para que cure a los enfermos, dé alimento a los que padecen hambre, libere a los de la injusticia a los perseguidos, redima a los encarcelados, conceda volver a casa a los emigrantes y desterrados, proteja a los que viajan, y dé la salvación a los moribundos.

Oración del sacerdote.

HOMILÍA

Hoy recomienda la liturgia una homilía corta y austera. No obstante, en este momento del triduo pascual debe primar el silencio contemplativo más que la reflexión intelectual, pues lo que realmente mueve nuestros corazones a la conversión no son las ideas, sino la experiencia de confrontar el sufrimiento y la muerte, que son realidades siempre crueles e injustas. Es esta otra forma del lenguaje, otra manera de entrar en comunicación con Dios Creador, quien hace el mundo para el bien y el amor, pero se encuentra ante una realidad de mal que en ningún caso puede consentir.

Hoy celebramos que la Palabra de Dios lleva hasta sus últimas consecuencias el hacerse carne de nuestra carne. De alguna manera, el misterio de la encarnación se consuma plenamente cuando Dios mismo asume en la persona del Hijo la pasión injusta, la traición, el abandono y la muerte. Estas experiencias, que ya quedaban apuntadas ayer noche cuando al acabar la cena fraterna acompañamos a Jesús a Getsemaní, hoy se hacen realidad al entregarse Jesús, silente y sin condiciones, a aquellos que le habían traicionado. Así, el Dios eterno que nos juzgará al final de nuestras vidas, se somete el primero al juicio humano y tiene que soportar en sus propias carnes la torpeza de este juicio. Así, ante la disyuntiva de asumir la misión de Jesús, uno de sus mejores amigos le traicionará; otro le negará y el resto le dejarán solo. Incluso aquellos que hubieran querido permanecer a su lado se verán privados de ello por la injusticia de las leyes humanas. Únicamente tras su muerte algunos podrán recuperar su cuerpo, ya inerte, para darle digna sepultura.

Y así, el ser más grande que jamás ha podido dar la historia sufrirá una de las muertes más crueles e injustas y tendrá un funeral prácticamente clandestino, acompañado únicamente por unos pocos que mantendrán en su persona la dignidad del discipulado: en primer lugar, María, siempre María y a su lado el joven Juan; pero también Nicodemo y José de Arimatea, y el grupo de mujeres valientes que cubrirán las espaldas a los que en teoría deberían haber dado la cara. También destaca la figura del buen ladrón, el único santo (sin nombre bíblico) del que tenemos certeza que está verdaderamente en paraíso, sin necesidad de proceso de beatificación. Su único mérito, haber tenido la oportunidad de morir junto a Cristo sin hacerle ningún reproche, sino únicamente pidiéndole lo que Cristo posiblemente más deseaba en ese momento: compañía. Porque en los momentos de dolor y sufrimiento, cuando la muerte se presenta como una realidad inevitable, sobran las palabras y lo único que verdaderamente consuela es poder estar con alguien; no morir solo.

Viernes Santo

Y así, quien se pasó años predicando, entra en un silencio voluntario y enigmático. Con ello, el silencio deja de ser un vacío existencial para convertirse en un lenguaje nuevo, preñado de sensaciones, intuiciones y ecos a través de los cuales hemos de discernir la voz invisible de Dios en nuestras almas. Dios guarda silencio y de esta forma lo consagra como una de las palabras más profundas en donde con más radicalidad se puede sentir la presencia de Dios rompiendo la nada y el vacío y llenándolo todo de una tensa espera. El silencio tiene mucho de pedagogía. Por eso hoy debemos entrar en el gran silencio, interno y externo, hasta que mañana noche una voz rompa la oscuridad y anuncie que Cristo ha vencido a la muerte.

Pero hasta ese momento, hagamos silencio con María y Juan; sepultemos al amigo como Nicodemo y José de Arimatea. Preparémonos para el duelo de aquello que ha muerto en este mundo pasajero, como lo hicieron las mujeres que se prepararon para amortajar a un muerto y se encontraron la mañana siguiente con una tumba vacía. Hagamos silencio también como lo hicieron los apóstoles al encontrarse de bruces con su falta de fe y valor para unirse a los pocos que mantenían la dignidad del discipulado a pesar de no haber sido nombrado apóstoles, especialmente rompiendo la noche con sus lágrimas de arrepentimiento al constatar la realidad de su fragilidad e indignidad.

Al acercarnos a la cruz y al recibir hoy el cuerpo de Cristo, llevemos nuestro corazón en carne viva. Miremos al siervo sufriente que cumple la profecía de Isaías y al único y verdadero sacerdote capaz de compadecerse de nosotros sin reproche alguno. Demos gracias a Dios por romper el yugo de la muerte con su muerte y por quitar el pecado del mundo con un sacrificio redentor de todas nuestras ingratitudes. Y si se nos concede el don de lágrimas, esta noche y mañana es tiempo también de llorar por nuestros pecados y por los pecados del mundo; pero no lo hagamos como expresión de nuestro amor propio, roto por nuestra fragilidad, pues hoy lo que debemos poner en el centro no son nuestras miserias, sino la cruz a la que Cristo las llevó para crucificarlas con él y dejarlas allí para siempre. Así, mirando la cruz, vemos al Justo que muere por nosotros, que carga con nuestros pecados para liberarnos de ellos y que nos quiere ofrecer su cruz como un espejo que, al mismo tiempo que refleja nuestros pecados, nos anuncia la redención, pues Él vive y ni el pecado ni la muerte tendrán jamás poder sobre su amor.

Cristo pasó por la cruz dejando en ella la podredumbre del mundo. Pero como celebraremos en unos días, la basura del mundo también puede ser el mejor abono para que crezca la vida y florezca un mundo nuevo de colores y perdón. Con esa esperanza en el corazón, pidamos al Salvador de mundo que nos ayude a pasar por nuestras cruces, unidos a la cruz de Cristo, participando con él no sólo de la pasión y de la muerte, sino también de su resurrección.